

ALBERTO CATURELLI: *Tántalo* - Edic. Universidad Nacional de Córdoba.

Córdoba - Argentina 1960

La obra que en esta oportunidad me he propuesto comentar es el fruto —según comentario del autor— de las cotidianas meditaciones sobre el hombre, a menudo emanadas de la experiencia personal y del diálogo sutil con las personas y las cosas. Filósofa a partir de la vida concreta, utilizando alegorías, símbolos, etc., con el fin de develar la miseria y la grandeza del hombre que sólo suspendida del Amor y la Verdad logran plenificación real y auténtica.

Tántalo es la alegoría de la destrucción perenne. En él se encarna la condenación, cuya pena se re-comienza cada vez que un acto suyo tiende a emerger de la nada absoluta y confinada al dolor. El fracaso de sí mismo lo lleva a la cruel autodestrucción nunca concluida. El suplicio tiene su origen en su interioridad y en ella se ahonda en un sin fin de torturas.

A partir de la metáfora utilizada podemos iniciar un análisis de la

negación de las trascendencias fundamentales, constitutivos metafísicos del hombre. El hombre autonegado es aquel que niega su yoidad, y negar el yo implica la negación del tú; en y por el mismo acto ontológico surge el Tú Eterno; negar uno de los constitutivos del acto ontológico (yo, tú y Tú Eterno) equivale a destruir la tríada constituida en dicho acto. En última instancia es el aniquilamiento total, el sumergirse en la nada absoluta. Es perder la conciencia de ser y del ser lo que rompe, aniquilando, la relación ontológica originaria desde donde emerge el yo, el tú y el Tú Eterno. Es una conciencia en segundo grado por cuanto se ha salido de la totalidad indistinta del ser, estadio, éste, previo a toda distinción.

La destrucción del yo es simultánea a la destrucción de los otros dos elementos constitutivos del acto ontológico por cuanto carecen de todo fundamento y consistencia. Descubrirse como yo es simultáneo al descubrimiento del tú. El tú es el otro yo distinto al mío, pero surge conjuntamente en el acto en el cual me descubro. El tú no es un objeto que se halla *frente* a mí, sino que es otro yo cuya consistencia es semejante a la mía. Lo otro, el objeto, es el objeto natural que se halla puesto ahí. El yo es apertura metafísica al tú, que a su vez es constituyente del acto ontológico fundamental. Negar el yo es suicidio, matar o cosificar al tú es homicidio y nadificar el Tú Eterno equivale al deicidio. Es negar, en definitiva, la apertura metafísica desde y por donde nace el yo, el tú y Dios. Vemos como la negación de las trascendencias impide toda religación y remisión al Absoluto. Por eso "... desde el momento que se niega el absoluto principio, semejante existente ontológicamente se niega. Y, por eso, no se puede sino negar el tú. Luego, negación del tú y negación del Absoluto Tú son dos momentos negativos que implican un tercer momento negativo que consiste en la autodestrucción, porque tanto el "tú como la apertura al Absoluto son constitutivos ontológicos del yo. Negado uno se niega al otro y, por eso, negados ambos, es imposible no negar el yo".

El ser finito es recibido y por lo tanto es gratuidad absoluta y contingencia radical. El surgimiento en el acto originario como ser finito permite por un lado la remisión al Ser y por el otro la religación con el Absoluto. El hecho de re-ligarse es muestra fiel de la total contingencia del yo y del tú.

El existente es pues "... apertura, gratuidad, religación, al Absoluto, en su misma constitución ontológica se halla la posibilidad metafísica de la Revelación". Aquí ya ingresamos en un campo donde la labor del filósofo ha cesado. Adentrarse en el campo teológico implica un cambio de actitud y una nueva expectativa.

Uno de los elementos negativos que Caturelli estudia es la envidia y el resentimiento. Y para mostrar con mayor rigor el contenido de ambas palabras es necesario restaurar su originaria significación. Envidia significa para el idioma griego "mirar con ojos" (deriva del verbo *ifzoneo*). Semejante interpretación hacen los latinos (verbo *invidere*) cuando quieren expresar el rechazo o la negación de algo o de alguien.

Lo que realmente se mira con malos ojos no es el bien personal ni el mal del tú por cuanto el yo no desea su propio mal, y respecto al tú entraña una actitud de colaboración y ayuda. De esto resulta que lo mirado con malos ojos es el bien del otro, del tú, del otro y simultáneamente mirado. La mirada que el yo ejerce sobre el tú no es la mirada primigenia, sino, por el contrario, es aquella que tiende a destruir la consistencia ontológica del tú ahora degradado. El tú es visto como lo "otro" hostil, pero, pese al hecho de haber sido rebajado de status, es visto por el envidioso, como poseyendo un bien. Hay un negativo reconocimiento del tú (al verlo como lo otro) y una envidiosa negación por lo que tiene.

El sujeto envidioso no es tal en relación con un forastero o con alguien lejano, sino por el contrario, ejecuta su mal con aquel que está cerca suyo, junto a él. En el ejercicio de la envidia existe una despersonalización del tú y es visto como el "otro hostil". La proyección del envidioso sobre el otro que es visto como hostil significa transformar al tú, agregándole un cúmulo de caprichosos elementos fabricados con el fin de degradar el mérito por el cual ha ascendido a un nivel superior, según los ojos del envidioso. La reducción del otro rompe toda comunicación originaria en la verdad y en el amor para ser sometida a la inmediatez radical.

La actitud contraria al reconocimiento del tú consiste en el ensimismamiento más radical y en el engaño; pero este engaño se muestra simulado a través de actitudes aparentes. Inconscientemente la reducción del otro se percibe en las diversas manifestaciones, aún en las más disfrazadas donde se pone en evidencia el empequeñecimiento progresivo del "otro". Esto no equivale a reducir al tú al mundo del no-yo, de los objetos naturales, sino a someterlo a una situación mucho más trágica y angustiante. La transfiguración del tú se produce al censurarle y negarle los valores personales. Es un rebajarlo de nivel para tenerlo a la mano y "mirarlo con malos ojos" a fin de reprocharle aquello que no logra alcanzar y que desea poseer.

El envidioso es el hombre fracasado cuyas ilusiones se han derrumbado. La realización plena no depende de sí mismo, sino que se halla

atormentada por la incomunicación con el tú, única posibilidad de plenitud personal.

El envidioso es un hipócrita porque en la envidia "... muestra lo que no se es y oculta aquello que, precisamente, se es". Para el envidioso el otro es una presencia obsesiva y le resulta una permanente amenaza, una persecución constante. Este vivir en permanente amenaza representa una negación por partida doble del yo y del tú y de esta manera coloca al sujeto ante una real posibilidad de destrucción de sí mismo por obra del otro. Lo que se presenta como concreta amenaza es el bien del otro; este bien amenazante es un mal -para- sí que conlleva el aniquilamiento de su real misinidad. El mal para-sí es también un mal-de-sí que engendra la tristeza por lo aún no logrado y que paulatinamente se presenta más difícil de lograrlo. Ahora ya no es factible la comunicación del yo por cuanto ha caído en el más absoluto aislamiento, coartando toda relación posible. El aislamiento implica, también, la incomunicación con el tú, en donde éste, es visto como lo "otro hostil y amenazante". "... para el envidioso, no es él, precisamente el que se aísla, es el "otro" el aislante; hasta cierto punto, el que-me aísla". El envidioso es una isla rodeada de una nada hostil, pero su dinamismo permite el audaz reproche y el poder aislante del otro.

Para lograr la originaria comunicación con el tú es indispensable la soledad. En esa búsqueda de unión, la soledad se vuelve necesaria por cuanto en ella se descubre la real presencia del tú, nacida en y por el acto ontológico primero. Sin embargo, el envidioso no requiere de la soledad, más bien le huye y le teme. El tú transfigurado lo obsesiona y no le permite estar solo. Es la negativa presencia del "otro" que lo persigue y turba. Esa imagen desdibujada del tú aniquila la soledad auténtica, obligándolo a estar frente al "otro hostil". La permanente persecución del "otro" no le permite entablar la comunicación verdadera, propia de la auténtica relación personal. El obligatorio convivir con el "otro es el fruto del rechazo permanente de la soledad, tomando como seguro albergue a la seudosoledad, refugio fácil de una vida atormentada por la envidia".

Cortada y negada la comunicación con el tú, lo trágico resulta la total incomunicación consigo mismo, por cuanto la envidia ha carcomido hasta su propia consistencia. La urgente necesidad del otro es la cueva donde va a esconder su putrefacta interioridad. El envidioso usa del elogio negativo, pero en el fondo de su conciencia sabe perfectamente que es un deseo de negación y destrucción del tú. El elogio falso lo requiere para presentarse solícitamente y lo necesita por cuanto no es capaz de va-

lorar al tú en todas sus dimensiones. Elogiar, en su sentido verdadero, es "... inseparable de mi reconocimiento del tú cuyo valor exalto como propio y de cuya presencia doy testimonio...", es en el fondo tener viva conciencia de la presencia del tú como portador de valores...". El elogio del envidioso no es exaltación, ni alabanza, ni reconocimiento, sino por el contrario, consiste en la maledicencia, denigración y nadificación del "otro". El existente se ordena, desde el punto de vista ontológico a la radical apertura a través de la comunicación. El no realizar la vocación auténtica produce la permanente insatisfacción que irrumpe en los diversos ámbitos del acaecer. Cuando el juicio indirecto, el elogio negativo, el aislamiento, etc., no surgen efectos, el envidioso arbitra nuevos medios para presentarse más hostil al "otro". Esos medios son el engaño, la mentira y la murmuración. Con la toma de estas armas el envidioso se siente derrotado, porque los medios para combatir a su adversario le resultan insuficientes; se siente impotente de superar el ser del tú negado y visto como lo "otro hostil". El caso extremo lo tenemos en Caín y Abel, que siendo Caín impotente de ubicarse a la altura de su hermano decide destruirlo con la muerte: el resentimiento es el mal del envidioso y por ello es capaz del homicidio cruel y arrastra conjuntamente el suicidio del tú, ahora rebajado a "otro hostil".

Si tenemos presente que el descubrimiento del ser y el descubrimiento del yo y del tú son permanente inquietud, encontraremos al hombre en comunión con el tú. La comunicación del yo y del tú no agota la inquietud fundamental, remitiéndonos al absoluto Tú, quien colma plenamente el deseo de comunicación y comunión. De aquí resulta que "el hombre es dialecticidad viva entre lo finito inmediatamente descubierto y el Infinito sin el cual eso finito no se hubiese hecho patente".

Ahora bien, cuando el envidioso transfigura al tú en "otro hostil", la inquietud fundamental por el tú deja de ser tal, porque ello sólo se da en la originaria relación yo-tú. Al clausurarse dicha relación, el envidioso aparece como una mónada cuyo único deseo es no-ser-religado a un tú y por consecuencia al Tú Absoluto. De esta manera se siente cortada la dialecticidad finitud-infinitud y es un debatirse en la absoluta nada. No hay prójimo, pero la inquietud clausurada se muestra ahora como una pura agitación vacía de todo contenido valorativo. Es el debatirse del que paulatinamente va naufragando ante la pérdida del fundamento.

El ser finito existe gracias al Ser Absoluto que le permite que sea. Tanto mi ser como el ser del tú son donados por el Absoluto Ser; negar, como lo hace el envidioso, el ser del tú, y también mi ser es renegar del Ser Absoluto, quien gratuitamente dona el ser. Esa negación ha de-

tenido la relación fundamental dando vuelta la cara a Dios y clausurando todas las posibles relaciones con los demás seres. Es en definitiva "... envidia a Dios —agrega Caturelli— por lo que "tengo" y principalmente por lo que "tiene" el "otro".

El mundo de Caín es la tierra, y en ella cumple la misión de labrador. Cultivar la tierra es una noble tarea porque a posteriori el hombre recoge los frutos maduros. También Caín los recoge y se los ofrece a Yahvé, pero esos frutos no son los dones recibidos, sino que los ha hecho suyos. En su interior sabe que Dios no acepta su ofrenda porque no es el reconocimiento por lo gratuitamente recibido. Caín representa al ciudadano errante de este mundo, mientras Abel es el peregrino del mundo a cuyo fin hallará a Dios. Por eso Abel es pastor de ovejas y en cuanto pastor, *pasa* por las cosas, por la tierra sin echar raíces en ella y todo lo que hay es, para él, lo totalmente recibido, es decir, *donado* por Yahvé. Abel reconoce a Dios lo donado y se lo ofrece como ofrenda pura y sincera.

Caín mata a su hermano Abel por no reconocerlo como un tú, adquiriendo su primogenitura en la tierra de la carne. Caín huye del tú y se pierde en la hipocrecía y en el disimulo. Ello lo arrastra a perderse en el campo, lugar donde comete su homicidio y su suicidio. La comunión con el tú y el Tú Absoluto, y el ser guardián de aquel que nació del mismo momento ontológico implica el reconocimiento auténtico de lo que es en cuanto se halla asumido como hermano. Sin embargo, entre Caín y Abel existe un abismo infranqueable, un aislamiento por parte de Caín que conlleva la destrucción perenne. Caín no es guardián de su hermano sino su agresor permanente, su cruel matador; pero su crimen fue pagado con infranqueable rigor. Caín es el vagabundo, el errante maldecido, es el "... errante de los caminos del mundo, sin una meta allende el mundo y en cuanto no hay una meta allende el mundo este errar lleva consigo una maldición, un no-sentido, un empezar siempre sin esperanza de concluir. ...". Lo acontecido entre Caín y Abel, se repite también en José con sus hermanos, en Saúl con David y por último entre Jesús y Judas.

#### *Filosofía de la maledicencia y la murmuración:*

En este estudio, el autor comienza haciendo referencia a un pasaje de uno de los libros más famosos de Federico Nietzsche, escrito en estilo parabólico: "Así hablaba Zaratustra".

Nietzsche puso en boca de Zaratustra estas palabras "... si os hacen una gran injusticia, haced vosotros al punto cinco pequeñas". El cuento es inmoral, dice Caturelli. Conviene aquí recordar que el filósofo alemán negaba la moral, es decir, negaba la *justicia*. Profundizando aún

más la postura de Nietzsche, vemos que éste afirmaba, que si la vida y todo lo inherente a ella es semejante y perfecto, quiere esto significar que hemos superado la tabla ordinaria de valores: estamos “más allá del bien y del mal”. Descubrió a la moral como un instinto de degeneración, y decía que la piedad y la simpatía son dañosas, y hay que repudiarla.

Del prólogo citado se deriva el tema de la justicia, y de los vicios contrarios a ella. El autor ha tomado como guía a Santo Tomás de Aquino, quien al analizar la naturaleza de la maledicencia y la murmuración, las considera como vicios opuestos a la justicia. Caturelli analiza también la maledicencia y la murmuración pero conciente de que estos vicios guardan en el fondo muchos incaptables secretos.

Santo Tomás llama a la maledicencia *detractio* (que en su raíz significa ennegrecer). Como utiliza el término Santo Tomás, significa también quitar o despojar. ¿Qué es la *detractio*?: “la de-nigración de la forma de otro por medio de ocultas palabras”. Es decir, palabras que no se manifiestan y cuyo fin es precisamente crear mala opinión de alguien. Por eso se distinguen del ultraje, ya que éste es manifiesto. Santo Tomás afirma que la maledicencia está relacionada con la envidia, el odio al prójimo y también al homicidio.

Tomás de Aquino designa a la murmuración con el término *susurratio* (conversación en voz baja). Comparando la maledicencia con la murmuración, vemos que si bien ambas coinciden en materia y forma, difieren en el fin.

El fin de la murmuración es separar la amistad, en tanto que el de la maledicencia es la denigración de la fama. Caturelli le otorga a la murmuración un carácter muy actual, “muy argentino”: signo principal que nos da la pauta de un progresivo enfriamiento del “Amor Dei” de los cristianos de este siglo. En la murmuración la palabra pierde el carácter de su naturaleza: no une, sino que aísla.

Lo que consiguen el malediciente y el murmurador nunca es más que la ruptura de una amistad, es decir que no logran nunca completamente el fin perseguido. La conducta de ambos se traduce en insatisfacción e inquietud, soledad, silencio, cobardía. Soledad que transmiten a quien les oye.

Caturelli cita a Eclesiástico 28, 28: “Mira de poner a tu heredad cerca de espinas...”. Pero conviene a nuestro análisis, también 28,15: “Maldice al murmurador y al de lengua doble, porque han sido la perdición de muchos que vivían en paz...”, y también 28,23: “Feliz el que está a cubierto de ella (sobre la maledicencia), no es víctima de su rabia y no tiene que soportar su yugo, ni se ve preso en sus cadenas...”. El

murmurador también se expresa con silencios, pero no del silencio al que se refiere Sciacca (el que precede a la palabra, el que la origina), ni del que habla Agustín, sino de un silencio "opaco" que impide la comunicación, de un silencio que despoja del gozo de vivir. Una nueva cita del Eclesiástico: 28,21, nos dice: "el golpe del azote hace cardenales, el golpe de la lengua quebranta los huesos". El herido en este caso no es precisamente aquél de quien se ha hablado, sino el murmurador y el oyente.

Actualmente estos vicios, contrarios al "Amor Dei", "matan" al cristianismo (es blasfemo el amor a Cristo que no es amor al tú). Simplemente con un "dar" no hay amistad. Es necesario un dar-se. En el primer caso al no haber amistad, no existe la ruptura (que busca el murmurador) de nada... porque no hay nada.

Siguiendo el análisis vemos que, contrariamente a lo que siempre se cree, el que está solo no está en paz, porque irá de murmuración en murmuración, aunque éstas se contradigan entre sí. Por eso, el autor del Eclesiástico (gran conocedor del hombre) dice en 28,20: "El que le da oídos no hallará reposo, ni encontrará un amigo con quien consolarse...".

Así el bilingüe (como lo llama Santo Tomás) y el oyente, están frente al prójimo que los mira hostilmente. Mirada que los reduce a soledad, a desasosiego. Por eso es el infierno para el murmurante y el oyente (son los demás su infierno). El infierno para el cristiano, es lo contrario de la relación con el tú "tanto humano como divino".

### *El patriotismo de la crisis*

Este apartado comienza por referirse al abuso en el empleo de la palabra "crisis". Vulgarmente se habla de una crisis del hombre, crisis de la civilización, etc. pero no se profundiza ni se aclara en especial su contenido.

Crisis posee múltiples significados: distinción, elección, juicio, condenación, justicia, tribunal, resolución, etc. Para introducirse en el núcleo del tema, Caturelli dice que es preciso primeramente determinar qué es el patriotismo, su desarrollo histórico, y si hay verdaderamente una crisis, y en caso de ser tal, tratar de analizar si posee alguna solución.

Veamos la interpretación dada por los romanos. Para ellos, la patria se funda en los significativos contenidos de "terra patrum", es decir, con la mezcla de los dioses y de la tierra de los padres. El patriotismo pagano era inmanentista y carente de libertad, ya que no se podía amar nada que no estuviese enraizado en la tierra de los mayores; el romano poseía la tierra de la sangre de la ciudad y por eso mismo su religión



nacional, por tal motivo el extranjero no gozaba allí de los derechos que los romanos. El patriotismo pagano no encuentra nunca sus propias razones de ser, ya que se fundamenta en sí mismo y por eso se dice que es immanentista. Por poseer tal característica se destruye. Un patriotismo immanentista como es el patriotismo pagano se traduce en "orgullo" y en "soberbia", "dominio despiadado" y "secularidad absoluta", que son las cualidades fundamentales que caracterizan al patriotismo de la Roma Imperial.

Caturelli estudia el patriotismo judeo-cristiano para hacer ver las diferencias con el anteriormente mencionado. A partir de las diferencias fundamentales con el patriotismo pagano se podrá extraer una conclusión. Nuestro autor presenta el patriotismo de un pueblo "peregrino" por excelencia, que salva al patriotismo asumiéndolo sin negarlo, a una realidad trascendente que explica y hace ser a lo que es.

La razón del patriotismo del pueblo hebreo es una razón supraterrrenal y esta razón se traduce en la Jerusalén celeste, la tierra prometida. Recién después de la conquista de Palestina se convierte en "terra patrum". Este patriotismo trascendentalista contrasta notablemente con el patriotismo immanentista y necesario de los pueblos greco-romanos. En una palabra, lo que singulariza al patriotismo hebreo es la "misericordia", el "amor de Dios", "la humildad" y la "obediencia" a Yahvé. En cambio, el patriotismo pagano no va más allá de la tierra y de la sangre, es decir que es un patriotismo afincado en la inmanencia del mundo y cuyo fin es la autodestrucción.

El patriotismo hebreo se continúa y perfecciona en el patriotismo cristiano. Para el hebreo y para el cristiano todo lo que existe ha sido creado por Dios para el hombre; por lo tanto la patria es algo donado y el hombre es parte de la gratuidad de todo.

Con el cristiano la "tierra" y la "sangre" son dos principios totalmente superados porque para él la patria "futura" es la definitiva, amor a la patria es amor a Dios. Para el cristiano, la caída de la fe implica la caída del patriotismo.

En definitiva, dice Caturelli que "a una vida cristiana en aumento corresponde una progresiva fortificación del patriotismo".

En el capítulo cuarto, Caturelli explica cómo el hombre moderno ha destruido el verdadero sentido del patriotismo.

Para el hombre moderno el patriotismo no se identifica con el patriotismo cristiano sino, más bien, con el patriotismo pagano. Este pensamiento posee su raíz en el hegelianismo. El immanentismo moderno equivale al "mundanismo" actual que es destructivo ya que termina ne-

gando la "posibilidad metafísica de la religión revelada". Desde el momento en que autofundamenta, se autodestruye. Hay un olvido de Dios, del sentido de la creación y esto no es una crisis del patriotismo sino un pseudo-patriotismo secundario.

Existe por lo tanto, un sentido equivocado de patriotismo, un patriotismo fundado en la secularidad pura de la tierra y de la sangre. Sólo el patriotismo cristiano está lejos de autodestruirse y conlleva un sentido acabado de la vida.

La República Argentina, por ser un pueblo nuevo y por participar de la crisis del mundo actual, es partícipe, también, del pensamiento moderno.

El cristianismo argentino es un cristianismo superficial cuya solución para Caturelli estaría dada en una revitalización radical y profunda del hombre argentino.

Alberto Caturelli explicita la crisis del mundo actual analizando concienzudamente el problema racial, pues con ello se anula y destruye el mandamiento primero que es el amor fraterno. En la Argentina se da un resentimiento político-social, envidias sociales, que sólo se lograrían superar con la práctica auténtica del cristianismo.

Con la vivencia de un cristianismo llevado hasta sus últimas consecuencias se defendería el verdadero patriotismo cuya consistencia va a estar dada en el amor a la patria que Dios nos ha otorgado gratuitamente.